

la infancia— un tiempo sensible, antes del logos, antes del tiempo. *Antes* no significa tiempo pasado, sino tiempo primero, inicial, inaugural, una condición.

La privación de la infancia es el totalitarismo de lo humano, o un retorno de lo humano al inhumano. No hay vida tan solo en la infancia, pero tampoco hay vida sin infancia. Nuevamente, la paradoja, el enigma, lo imposible. En esa exigencia ineludible de la presencia de una ausencia se encuentran otra vez la infancia y la filosofía. Esos dos imposibles necesarios para que existan vida y muerte, para que una vida sea vivible para un ser humano. He aquí la tarea política de la escritura, del arte, de la educación, de la filosofía: recordarnos que somos infancia y los riesgos de las pretensiones de borrarla.

REFERENCIAS

- Cixous, H. y Derrida, J. (2019). On deconstruction and childhood. *The Oxford Literary Review*, 41(2), 149-159.
- Derrida, J. (2000). La pharmacie de Platon. En L. Brisson (trad.), *Platon: Phèdre* (pp. 255-403). París: GF-Flammarion. (Trabajo original publicado en 1968).
- Derrida, J. y Dufourmantelle, A. (1997). *Anne Dufourmantelle invite Jacques Derrida à répondre: De l'hospitalité*. París: Calmann-Lévy.
- Fry, K. (2014). Lyotard and the philosopher child. *Childhood & Philosophy*, 10(20), 233-246.
- Kohan, W. O. (2015). Visões de filosofia: Infância. *Alea: Estudos Neolatinos*, 17(2), 216-226.
- Liddel, H. G. y Scott, R. (1996). *Greek-English lexicon*. Oxford: Clarendon. (Trabajo original publicado en 1843).
- Locke, K. (2012). Lyotard's infancy: A debt that persists. *Postmodern Culture*, 23(1). Disponible en: <http://www.pomoculture.org/2015/07/07/lyotards-infancy-a-debt-that-persists/>
- Lyotard, J-F. (1991). *The inhuman: Reflections on time* (G. Bennington y R. Bowlby, trad.). Stanford: Stanford University Press. (Trabajo original publicado en 1988).
- Lyotard, J-F. (1997). *Lecturas de infancia*. Buenos Aires: Eudeba.
- Lyotard, J-F. (2005). *Le postmoderne expliqué aux enfants*. París: Galilée. (Trabajo original publicado en 1986).
- Lyotard, J-F. (2006). The affect-phrase. En K. Crome y J. Williams (ed.), *The Lyotard reader and guide*. Edimburgo: Edinburgh University Press.
- Lyotard, J-F. (2012). *Pourquoi philosopher?* París: PUF. (Trabajo original publicado en 1964).
- Platón (trad. en 2001). *Diálogos: Teeteto – Crátilo*, vol. 9 (C. A. Nunes, trad.). Belén: UFFA. (Obra original del siglo IV a. C.).
- Platón (trad. en 2011). Fedro. En C. A. Nunes (trad.), *Diálogos de Platão* (vol. 3). Belém: UFFA. (Obra original del siglo IV a. C.).
- Platón (trad. en 2016). Górgias. En E. Bini (trad.), *Diálogos 2: Górgias; Eutidemo; Hipias Maior; Hipias Menor*. San Pablo: Edipro. (Obra original del siglo IV a. C.).
- Platón (trad. en 2019). Críton (o Do dever). En E. Bini (trad.), *Diálogos socráticos* (vol. 3). San Pablo: Edipro. (Obra original del siglo IV a. C.).
- Smeyers, P. y Masschelein, J. (2012). L'enfance, education and the politics of meaning. En P. A. Dhillon y P. Standish (ed.), *Lyotard: Just education* (pp. 140-156). Londres: Routledge. (Trabajo original publicado en 2000).

Calibán -
RLP, 19(1-2),
215-219
2021

»

Mauro Vallejo*

Flores, ángeles y marionetas: El niño como misterio dúctil en el pensamiento de Freud

Hace apenas unas semanas circuló por las redes un pequeño video en blanco y negro que al parecer capturaba un breve instante de la vida cotidiana o familiar de Sigmund Freud. La escena, de apenas unos veinte segundos, transcurre en una suerte de jardín o paseo. Una mujer tiene en sus brazos una niña pequeña, claramente de menos de un año de edad. A su lado está el creador del psicoanálisis. La imagen no es clara, pero Freud parece tener algo en su mano izquierda. La mujer, deseosa de atraer la atención de la criatura, jala de ese objeto, arrastrando hacia sí la mano del psicoanalista (que opone cierta resistencia a ese gesto que lo transforma en un autómatas). En el mismo momento otro hombre chasquea los dedos cerca del rostro de la niña, intentando también captar su interés. Otras cinco personas, en semicírculo, miran embelesadas los movimientos esquivos de la pequeña. De pronto, con una agilidad apabullante y con rápidas zancadas, un avejentado Freud se retira del cuadro y

reaparece con una flor en la mano. La aproxima al rostro de la niña, que intenta tocarla con sus dedos.

Este artículo retoma de algún modo la constelación de objetos que componen esa escena dudosa. Se trata del interrogante por la naturaleza del niño en el pensamiento freudiano en su fase inicial. Seamos más precisos: lo que está en juego no es tanto la naturaleza de eso que llamamos niño, sino más bien su emplazamiento cambiante en un discurso, su redistribución táctica. Algo así como su *ontología oscilante*. En aras de reflexionar a propósito de esa localización vacilante, hemos de echar mano de algunas figuras que vertebran aquella película doméstica: cuerpos que parecen marionetas (y marionetas que emulan cuerpos), objetos seductores y miradas, miradas por doquier. Tanto se ha insistido en que ante los ojos de Freud la mujer no dejó de ser jamás un enigma infranqueable que se ha pasado por alto el *misterio dúctil* que el niño siempre significó para esa misma mirada.

* Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.

A los fines de entender cómo funciona esa localización versátil del niño, nada mejor que retornar al autor que la puso en evidencia. En una clase del 12 de marzo de 1975 en el *Collège de France*, Michel Foucault (1975/1999) afirma que uno de los mecanismos a través de los cuales se logró la conformación o la coagulación de la familia conyugal a lo largo del siglo XIX estuvo dado por la problematización del cuerpo del niño; fundamentalmente, su sexualidad onanista. Al postulado de que la masturbación infantil era la causa de las peores enfermedades se sumó la certeza de que la culpa no era del niño, pues el acto no respondía a ningún impulso interno. Si el niño se tocaba, ello era a consecuencia de una seducción previa producida por un adulto (sobre todo, las empleadas domésticas y los educadores). La solución redentora pasaba por la modificación del espacio familiar, consistente en la “eliminación de todos los intermediarios” (p. 231). Durante toda esa larga centuria, los padres fueron conminados a vigilar, palpar y husmear los cuerpos de sus criaturas, con el mandato expreso de sorprender la irrupción del gesto pecaminoso. Fue tan insistente la invitación a hacer con los cuerpos de sus hijos un solo y mismo cuerpo que se produjo una “indiscreción incestuosa”. Desde ese punto de vista, al decir de Foucault, el psicoanálisis “va a surgir como la técnica de gestión del incesto infantil y de todos sus efectos perturbadores en el espacio familiar” (p. 253).

La hipótesis de Foucault es ciertamente provocadora, pues invita a preguntar hasta qué punto el envión inaugural de la teoría de Freud no fue otra cosa que un eslabón erudito de una corriente de larga data. En efecto, la formulación del filósofo parece hecha para calzar sin restos en el molde de la teoría de la seducción. Con esa conjetura, el psicoanalista no haría otra cosa que proseguir, quizá sin saberlo, un discurso que desde hacía décadas llenaba diversos manuales referidos al cuidado del cuerpo infantil (provenientes de la medicina, la pedagogía o la higiene profana). En sus enunciados de los años 1895-1897, Freud repetía sin titubear las consignas y los temores de aquella vieja letanía: las peores enfermeda-

des eran una derivación de toqueteos y abusos perpetrados por niñeras, gobernantas y educadores en general.

Ahora bien, la provocación de Foucault puede valer menos por su contenido que por el procedimiento que la ampara; esto es, analizar los saberes sobre el cuerpo del niño no tanto por lo que efectivamente dicen sobre ese objeto, sino más bien por su funcionalidad estratégica. En otras palabras, atender de qué manera hacen del niño una casilla vacía que sirve para reordenar o redistribuir otros elementos.

Esa fue abiertamente la operación fundante del psicoanálisis. En el espacio de unos pocos años, cuando ese discurso se empeñaba en efectuar elecciones estratégicas duraderas, la esencia y la funcionalidad de eso que llamaba niño se vieron alteradas de modo frecuente. Todo esto requeriría un desarrollo mucho más extenso, pero señalemos que, en lo que respecta a su saber acerca de la infancia, se producen en Freud dos movimientos alternados: por un lado, una *escisión*, y por el otro, una *manipulación instrumental*.

En el campo de la *escisión* cabe colocar un aspecto llamativamente descuidado del itinerario de Freud. Durante diez años, entre 1886 y 1896, tres veces por semana el futuro psicoanalista trabajó como director de la sección de enfermedades neurológicas del *Erstes Öffentliches Kinder-Kranken-Institut in Wien* (Primer Instituto Público para Niños Enfermos de Viena). En el desempeño de ese cargo, observó y atendió infinidad de niños aquejados de severas patologías neurológicas. Gracias a esa experiencia, se transformó en uno de los principales especialistas en el estudio de las parálisis cerebrales y las diplejías en infantes, tal y como se refleja en algunas de sus publicaciones en la materia (Freud, 1893b, 1897; Freud y Rie, 1891; Bonomi, 2007).

A medida que se acrecentaba su interés por las psiconeurosis, el hipnotismo o las neurosis actuales, esa labor en el terreno de la neurología infantil dejó de entusiasmarlo. Sea como fuere, durante largos años Freud tuvo un contacto cotidiano con niños pequeños; palpó sus cuerpos, manipuló sus miembros, midió sus reacciones. Edificó

alrededor de ese *cuerpo observado* un *corpus* teórico que le granjeó un perdurable respeto entre sus colegas continentales –al punto que su principal y extenso tratado de 1897 continuó siendo durante muchas décadas una referencia ineludible en la materia–. Podemos preguntarnos: ¿cómo pudo evitar que ese saber y esa experticia sobre la infancia no contaminara sus elaboraciones contemporáneas en el campo de las psiconeurosis, máxime en el período en el que lo infantil comenzó a cobrar una significación sustancial en su comprensión de esas patologías en adultos? La respuesta se halla en la mentada *escisión*. Podríamos citar como botón de prueba un pequeño escrito de 1893, en el cual Freud (1893a) intenta reseñar los casos de enuresis infantil que él había observado en su labor al frente de aquel instituto. Quien por esos mismos meses se destacaba, en su labor con adultos jóvenes, como un eximio semiólogo de recuerdos, afectos y representaciones, en su manejo de niños enfermos mostraba ser un neurólogo de pura cepa, que ni por asomo se podía permitir la suposición de fenómenos afectivos detrás de una sábana mojada.

Si dirigimos la atención a sus escritos más familiares, verificamos esa impermeabilidad respecto de todo aprendizaje a propósito de los niños. Durante muchos años –muchos más de lo que suele suponerse–, Freud compartió con sus colegas la presunción de la asexualidad de los infantes. Ya en un escrito de 1888, Freud citaba la apabullante evidencia de la histeria en “niños sexualmente inmaduros” (p. 56) como indicador más que suficiente para descartar la idea de que la sexualidad tuviera algún papel en la provocación de aquella enfermedad nerviosa. A los ojos de Freud –y esa certeza tardó mucho en ser desmoronada–, el niño era un ángel asexual. Y la más clara confirmación de esa verdad puede ser hallada en el lugar donde no quiere vérsela: en su teoría de la seducción.

La infancia aparece en la pluma del Freud-psicoanalista en el instante mismo en el que se diluye el niño neurológico. Casi en el mismo instante en el que el *niño real* deja de estar cotidianamente bajo la mirada

del neurólogo vienés, otra infancia emerge en el otro costado de su labor y su pensamiento (o, más bien, en sus oídos). *Una infancia ya no real, sino textual*. Hasta octubre de 1895, la infancia no desempeñaba ninguna función especial en la explicación que Freud daba de las enfermedades neuróticas. En el tramo final de ese año, Freud percibió que en muchos casos el evento que debía hacer las veces de causa de las manifestaciones patológicas era trivial o anecdótico, y que por sí mismo no podía producir la enfermedad. Era necesario buscar en otro lado, más atrás, la verdadera causa. Y es entonces cuando Freud comienza a preocuparse por la infancia. Lo hace en el *Proyecto* (Freud, 1950 [1895]/1994b), mediante la célebre tesis de la “supletoriedad”. Todo eso es cosa sabida y no tiene sentido repetir aquí los detalles de la teoría de la seducción. Empero, hay algo sobre lo cual quizá no se ha reflexionado lo suficiente. ¿Qué características presenta el niño de esa teoría? El rasgo más llamativo es su carencia de impulsos. Quien lea (con los ojos abiertos) los tres escritos de 1896, así como las cartas en las que Freud despliega la teoría traumática, verá que Freud jamás atribuye a ese niño algún deseo, impulso o voluntad (Freud, 1896/1999c, 1896/1999d, 1896/1999b).

Hasta mediados de 1897, esa criatura textual denota una superficie corporal sin envés. La niñez es el momento en el que se imprimen como recuerdos inconscientes las trazas de los ataques de los adultos. Es el negativo de la familia (o del hogar, conformado por el personal auxiliar). Ese niño “recordado” es una marioneta de papel, un cuerpo sin impulsos, casi sin fantasías, capaz a lo sumo de repetir más tarde, con sus compañeritos, las injurias sexuales recibidas.

En síntesis, en todo este tiempo, el *niño freudiano* era un ente estrictamente narrativo. El niño vale allí solamente como recuerdo. Así como su cuerpo no tiene profundidades –pues él solo existe como receptor de los abusos, y carece de impulsos propios–, él mismo no tiene otra existencia que la del recuerdo. Es doblemente un ente textual, como componente del relato de los



↑

Les linges, 2020

Christian Boltanski

Metal tables on wheels, cardboard, cotton cloth, staples, neon flexible LED (optional), Dimensions variable

Installation view Galerie Marian Goodman Paris

Courtesy: Christian Boltanski Studio and Marian Goodman Gallery

©Christian Boltanski, Licensed by ADAGP

Photo credit: Rebecca Famuele

pacientes, pero sobre todo como pieza de un saber.

Y es aquí que cabe recuperar la categoría de *manipulación instrumental*. No solo para explicar la irrupción de esa infancia textual, sino también para esclarecer su rápida metamorfosis. ¿A qué cometido sirvió la colocación del niño-recuerdo como eje o engranaje fundamental de la primera teoría de la seducción? La respuesta está en los propios escritos de 1896: mediante la postulación de ese particular mecanismo explicativo de las psiconeurosis, Freud no solamente daba con una ansiada fundamentación etiológica de las patologías, sino que podía por fin romper con el hereditarismo que tanto lo incomodaba. Decir que toda neurosis adulta era el efecto demo-

rado de una violación perpetrada sobre el niño por una niñera o un educador (¡jamás por un padre!, al menos hasta diciembre de 1896) servía de modo perfecto para ambos cometidos. Ahora bien, sabemos que esa conjetura fue muy mal recibida por los médicos europeos, y una de las objeciones más serias fue que ella desconocía los patrones familiares (o hereditarios) de las afecciones nerviosas. Fue para contrarrestar esa impugnación que el niño textual sufrió una mudanza controvertida, en varios tiempos. Primero, sin dejar atrás su carencia absoluta de impulsos, el niño dejó de ser víctima de atentados cometidos por esos terceros un tanto lejanos y pasó de repente a definirse como mártir de la perversión del padre. Merced a esa permuta, la fenomenología

patológica volvió a adecuarse a los buenos usos de la medicina finisecular: la súbita introducción del padre como abusador –que puede ser fechada con día y hora gracias a las cartas enviadas a Fliess (Freud, 1950 [1887-1904]/1994a)– habilitó a Freud a mostrar que su teoría también explicaba, sin el vetusto lenguaje de la herencia, la ocurrencia familiar de los malestares. El reemplazo de la niñera por el padre azuzó una suerte de retroceso en la estrategia de familiarización emprendida por Freud: se renunció a una familiarización política (el hogar como nicho perjudicial) en favor de otra que no dejaba de ser sanguínea (Vallejo, 2012, 2013).

La segunda mudanza estuvo cifrada en la paulatina atribución al niño de una vida impulsiva (que también puede ser fechada al detalle mediante la lectura de la correspondencia con Fliess). Esa inyección de interioridad ¿no podía acaso hacer peligrar lo ya construido? En efecto, el señalamiento del carácter polimorfo de esa recién estrenada sexualidad infantil (cuya acta de nacimiento data de octubre de 1897) podía significar la disolución del armazón familiar que hasta entonces había tabicado el intercambio de impulsos. Freud exorcizó con premura ese pavor, retraduciendo con el código del Edipo los balbuceos sexuales de ese nuevo niño.

La infancia fue para ese temprano Freud una pieza movable, un lugar vacío cuya significación primordial estaba dada por su funcionalidad estratégica. *Familiarizar* la patología fue el artificio productivo que Freud precisó para dar un marco tranquilizador al mundo oscuro que se abría ante sus ojos. O que, más bien, se hacía escuchar. Pues si Freud hubiese permanecido atado al hábito cansino de ver cuerpos infantiles, quizá nunca habría sido capaz de ver en la enuresis otra cosa que tendones díscolos. Al entregarse a la forja de un niño que por entonces fue solo una madeja textual de recuerdos, fue capaz de prestar oídos a deseos que, mal o bien, escapaban, con agilidad y zancadas indecisas, a confinamientos postizos.

REFERENCIAS

- Bonomi, C. (2007). *Sulla soglia della psicoanalisi*. Florencia: Bollati Boringhieri.
- Foucault, M. (1999). *Los anormales*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. (Trabajo original publicado en 1975).
- Freud, S. (1893a). Über ein Symptom, das häufig die Enuresis nocturna der Kinder begleitet, *Neurologisches Zentralblatt*, 21, 736-737.
- Freud, S. (1893b). *Zur Kenntniss der Cerebralen Diplegien des Kindesalters*. Viena: Franz Deuticke.
- Freud, S. (1897). *Die infantile Cerebrallähmung*. Viena: Alfred Hölder.
- Freud, S. (1994a). Cartas a Wilhelm Fliess. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 1). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1950 [1887-1904]).
- Freud, S. (1994b). Proyecto de psicología. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 1, pp. 362-364). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1950 [1895]).
- Freud, S. (1999a). Histeria. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 1, pp. 41-45). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1888).
- Freud, S. (1999b). La etiología de la histeria. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 3, pp. 185-218). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1896).
- Freud, S. (1999c). La herencia y la etiología de las neurosis. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 3, pp. 139-156). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1896).
- Freud, S. (1999d). Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 3, pp. 157-184). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1896).
- Freud, S. y Rie, O. (1891). *Klinische Studie über die halbseitige Cerebrallähmung der Kinder*. Vienna: Moritz Perles.
- Vallejo, M. (2012). *La seducción freudiana (1895-1897): Un ensayo de genética textual*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Vallejo, M. (2013). *Familiarización neurológica versus familiarización psicoanalítica: Una aproximación al problema de lo familiar en Sigmund Freud, neurólogo infantil del Erstes öffentliches Kinder-Kranken-Institut in Wien (1886-1896)*. En L. Lutereau y A. Kripper (comp.), *Deseo, poder y diferencia: Foucault y el psicoanálisis* (pp. 31-49). Buenos Aires: Letra Viva.